

compañía más de las más excelentes que recorriesen las provincias; estaba al servicio del amador, desde el día de la doncella, cuando con fingida naturalidad, hacia la salida de la casa, se presentó como pedrada en ojo de buey, — repuso el marido — y en cuanto a las condiciones, no hay que hablar; vos mismo fijareis la cantidad, no se regateo con las cosas muy apreciadas de Apolo, y vista con tan buenos ojos en la corte, como en las ciudades, y en provincias, donde no es tan pura como fingen creer en París.

— A dicho esto, el marido, después de dar con su rodilla un significativo golpe a la doncella, quien no demostró el menor enojo por tal manifestación, se levantó de la mesa, se caló el chaleco hasta las espaldas, saludó con la mano a la compañía, y partió en medio de los ruidos de se parais, a fin de abandonar a los cómicos para preparar en el castillo la recepción de los señales, que en el día siguiente, como es costumbre, vendrá muy avanzada la hora, y debían ponerse en camino para la mañana muy temprano, pues el castillo de Bruselas estaba bastante distante, y si un buen caballo puede por los atajos, salvar cómodamente una distancia de tres o cuatro leguas, una carreta pesadamente cargada y atada toda sobre arzones, camino por puentes y fatigados, en un espacio de tiempo mucho más considerable.

Las mujeres se retiraron a una especie de camaranchón, por cuyo suelo habían esparcido algunos haces de paja; los hombres permanecieron en la sala, acomodándose como pudieron sobre los bancos y en los escalones. El marido, para dar la educación y costumbres, y aconsejando al Tirano, que parecía ser el director de la compañía, le preguntó si tenía compromisos que le impidiesen dar algunas representaciones de las más célebres de su repertorio en el castillo de Bruselas; pero como él tenía un teatro en el gran salón ó en el invernadero.

El Tirano, dejando vagar por su anchura una sonrisa benévola, respondió no haber nada más fácil, y que su

CAPITULO IV

BANDIDOS PARA LOS PÁJAROS.

Volviendo a la niña que hemos dejado sentada en el banco y entregada a un sueño profundo para no ser fingido. Su actitud nos parece con razón sospechosa, y la feraz codicia con que sus ojos se fijaban en el collar de perlas de Isabel es móvil más que suficiente para que se vigilen sus pasos.

En efecto, tan pronto como la puerta del comedor se cerró tras los cómicos, la rapaza abrió lentamente sus largas y negras pestañas, pasó una inquisitorial mirada por los rincones todos de la pieza, y cuando tuvo la certidumbre de que no quedaba en ella ser viviente, se dejó deslizar del banco, se irguió, echóse hacia atrás sus cabellos con un movimiento que le era familiar, y se dirigió hacia la puerta, que abrió sin hacer más ruido que el que hubiera producido una sombra. Volvióla a cerrar con mucha cautela, teniendo cuidado de que el pestillo no cayese demasiado bruscamente, y

BANDIDOS PARA LOS PAJAROS.

#### CAPÍTULO IV.

##### BANDIDOS PARA LOS PAJAROS.

Volvamos á la niña que hemos dejado sentada en el banco y entregada á un sueño demasiado profundo para no ser fingido. Su actitud nos parece con razon sospechosa, y la feroz codicia con que sus ojos se fijaban en el collar de perlas de Isabel es móvil más que suficiente para que se vigilen sus pasos.

En efecto, tan pronto como la puerta del comedor se cerró tras los cómicos, la rapaza abrió lentamente sus largas y negras pestañas, paseó una inquisitorial mirada por los rincones todos de la pieza, y cuando tuvo la certitud de que no quedaba en ella sér viviente, se dejó deslizar del banco, se irguió, echóse hácia atrás sus cabellos con un movimiento que le era familiar, y se dirigió hácia la puerta, que abrió sin hacer más ruido que el que hubiera producido una sombra. Volvióla á cerrar con mucha cautela, teniendo cuidado de que el pestillo no cayese demasiado bruscamente, y

luego se dirigió pasito á paso hasta la esquina de un vallado que dobló.

Segura entonces de no ser vista desde la posada, Chiquita echó á correr, saltando los charcos de agua estancada, pasando por encima de abetos caidos, y botando sobre las malezas como corza perseguida por una jauría. Los largos mechones de su cabellera le azotaban el rostro como negras serpientes, y á veces, cayéndole sobre la frente, le interceptaban la mirada; entonces, sin disminuir por esto la rapidez de su carrera, se los ponía con la palma de la mano detrás de las orejas y hacia un gesto de viva impaciencia; pero sus ágiles piés parecían no tener necesidad de ser guiados por los ojos, tan conocido le era el camino.

El aspecto del parage, tal como podia distinguirse al lívido reflejo de la luna medio velada por negra nube, era desolador y lúgubre. Algunos abetos, cuyas entalladuras destinadas á atraer la resina les daba la apariencia de espectros de árboles asesinados, ostentaban sus rojizas heridas al borde de un camino arenoso cuya blancura no alcanzaba la noche apagar del todo. Más allá, á uno y á otro lado del camino, se extendían los jarales teñidos de violeta oscuro, sobre los que flotaban nubes de ceniciento vapor á los que los rayos del astro nocturno daban el aspecto de una procesion de fantasmas, á propósito para llenar de terror las almas supersticiosas ó poco habituadas á los fenómenos de la naturaleza en aquellas soledades.

La niña, acostumbrada sin duda á aquellas fantasmagorías del desierto, no fijaba en ellas la atención y seguía su carrera. Por fin llegó á una especie de montículo coronado de veinte á treinta abetos que formaban un bosquecillo. Con agilidad pasmosa y que no demostraba ninguna fatiga, franqueó el escarpe bastante pronunciado y ganó la cima del otero. Ya en la cúspide, paseó por espacio de algun tiempo á su alrededor sus ojos para los que las sombras parecían no tener velos, y no percibiendo más que la solitaria inmen-

sidad, se puso dos dedos en la boca y por tres veces distintas dejó oír uno de esos silbidos que el viajero, al atravesar de noche el bosque, no oye jamás sin secreta angustia, aunque los suponga producidos por tímidos buhos ú otro animalaje inofensivo.

A no ser el intervalo que separó uno de otro silbido, hubiéranse podido confundir estos con los aullidos de los quebrantahuesos, de los friorques, ó de los mochuelos, tan perfecta era la imitación.

Pronto un monton de hojas pareció agitarse, se hinchó, se sacudió como bestia que despierta de pesado letargo, y una forma humana se irguió delante de la niña.

—¿Eres tú, Chiquita?—dijo el hombre.—¿Qué novedades traes? No te esperaba y descabezaba un sueño.

El hombre á quien habia despertado la señal de Chiquita era mozo de veinticinco á treinta años, de talla mediana, delgado, nervioso y de aspecto que le hacia sospechoso de todas las malas obras; podia ser cazador furtivo, contrabandista de géneros ó de sal, ladron y perdonavidas, honradas industrias que practicaba alternativamente, ó todas á la vez, segun los casos.

Las nubes dejando en descubierto la luna en el momento que entra en escena este personaje, dieron paso á la luz del astro nocturno que como un rayo proyectado por sorda linterna cayó sobre él y puso en relieve su figura sobre el oscuro fondo de los abetos. Si en aquel momento se hubiese encontrado en lo alto del montículo un espectador cualquiera, hubiera podido examinar la fisonomía y el traje del misterioso individuo, de una truculencia característica. Su rostro, curtido y cobrizo como el de un salvaje caribe, hacia brillar por el contraste sus ojos de ave de rapiña y sus dientes de extremada blancura, cuyos puntiagudos caninos se-

mejaban los colmillos de un lobo. Un pañuelo ceñido á su frente como el vendaje de una herida, comprimía las matas de una cabellera áspera, ensortijada y rebelde, rematada en forma de moño en el centro de la cabeza; un chaleco de terciopelo azul, descolorido por largo uso y adornado con botones hechos de pesetas soldadas á una asa de metal, envolvía su cuerpo; gregüescos de tela flotaban sobre sus muslos, y rodeaban sus piernas, tan secas y enjutas como las del ciervo, las cintas de las alpargatas que calzaba; completando su traje una faja de lana encarnada que le subía de las caderas hasta el sobaco y daba muchas vueltas á su cuerpo. En mitad del estómago, un bulto indicaba la despensa y el tesoro del malandrín, y si este se hubiese ladeado un poco, habria el curioso podido observar, sobresaliendo por los extremos superior é inferior de la faja, una descomunal navaja valenciana, una de esas navajas construidas en forma de pez, cuya hoja se fija por medio de un anillo de cobre, y lleva en su acero tantas estrías encarnadas cuantas son las muertes que ha cometido el asesino. Ignoramos el número de las que contaba la navaja de Agustín, pero á juzgar por el aspecto del malvado, podíase, sin faltar á la caridad, suponerlas numerosas.

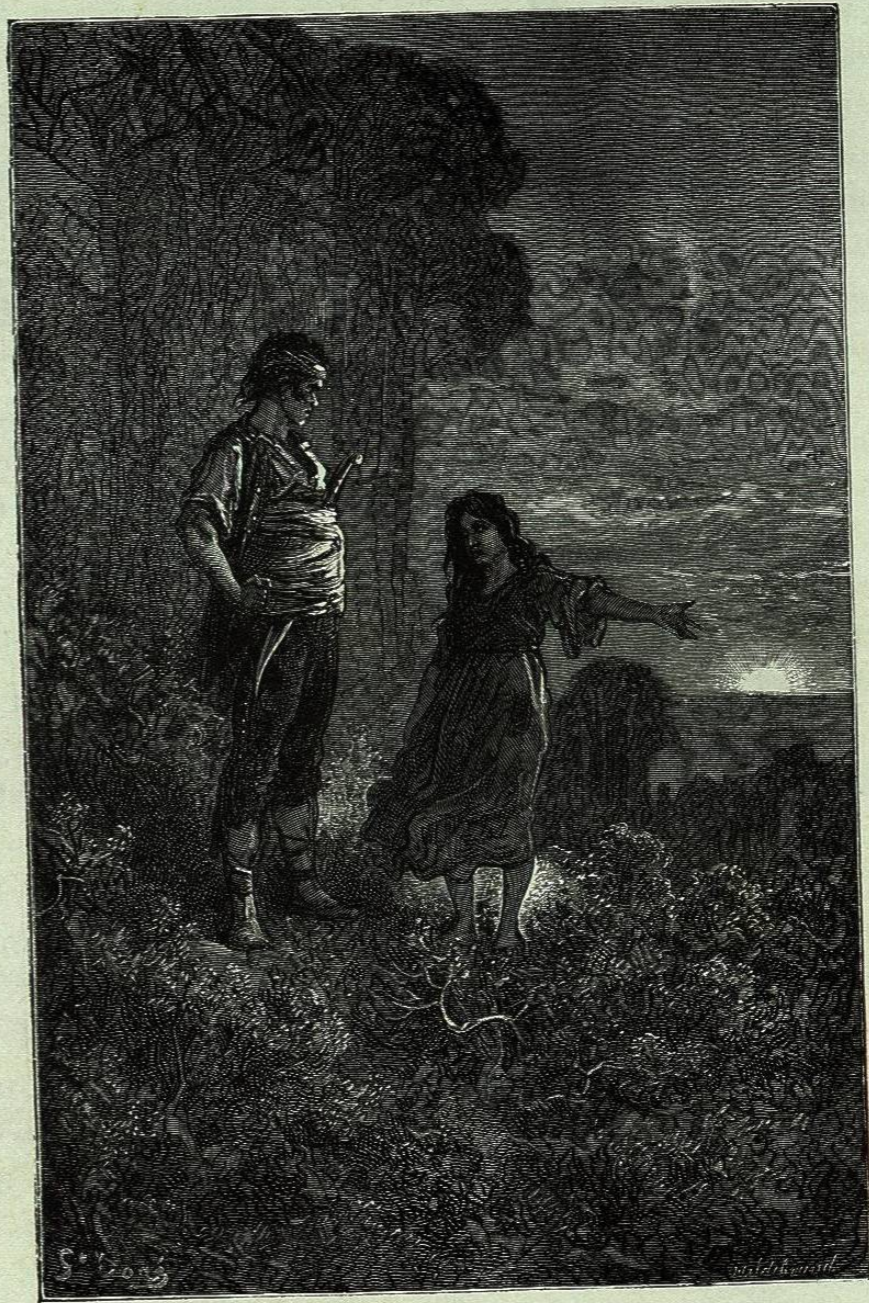
Tal era el personaje con quien Chirriguirri sostenia relaciones misteriosas.

—Y bien, Chiquita,—dijo Agustín pasando con amistoso gesto su áspera mano por la cabeza de la niña,—¿qué has notado de particular en la posada de maese Chirriguirri?

—Ha venido,—contestó la rapaza,—una carreta llena de viajeros, y han llevado debajo del cobertizo cinco grandes cofres, que parecían bastante pesados, pues necesitaban dos hombres cada uno.

—¡Jum!—exclamó Agustín,—á veces los viajeros meten guijarros en su equipage para captarse la consideracion de los posaderos; se han dado casos.

—Pero,—contestó Chiquita,—las tres señoras más jóve-



SÍ,—RESPONDIÓ EL BANDIDO,—ERES VALIENTE Y FIEL.

nes llevan sus vestidos cubiertos de galones de oro. Una de ellas, la más guapa, ostenta al rededor de la garganta un hilo de gruesos granos blancos de un color plateado, que brillan á la luz; ¡oh! ¡es muy bonito! ¡es magnífico!

—¡Perlas! bien,—dijo entre dientes el bandido,—¡mientras no sean falsas! ¡se labran con tan maravilloso gusto alhajas de quincalla en Murano, y los galanes del día son tan des- preocupados!

—Mi buen Agustín,—prosiguió Chiquita con tono de mimo,—¿verdad que si cortas el cuello á la hermosa dama me darás el collar?

—Ya te digo yo que te sentaría á maravilla sobre tu en- marañada cabellera y tu camisa de grosera tela y tu almilla color de canario.

—¡Te he servido de espía tan á menudo, he corrido tanto para advertirte cuando la niebla empezaba á invadir la tierra, y el rocío ha mojado de tal modo mis piernas!... ¿Te he hecho esperar nunca la comida en tus escondrijos, ni aun cuando la fiebre me hacia dar diente con diente y podía á duras penas arrastrarme á través de los jarales?

—Sí,—contestó el bandido,—eres valiente y fiel; pero todavía no es nuestro ese collar. ¿Cuántos hombres has contado?

—¡Oh! muchos. Uno grueso y robusto de ancha cara, un viejo, dos delgados, uno que tiene aspecto de zorra y otro que parece hidalgo, aun cuando lleve ajados los vestidos.

—Seis hombres,—exclamó Agustín pensativo y contando con los dedos.—¡Ah! este número no me hubiera asustado en otro tiempo; pero de mi cuadrilla sólo yo quedo. ¿Llevan armas, Chiquita?

—El hidalgo lleva espada al cinto y el alto una tizona.

—¿Nada de pistolas ni arcabuces?

—No he visto,—repuso Chiquita,—á ménos que no los hayan dejado en la carreta; pero Chirriguirri ó la Mioneta me lo hubieran señalado.

—Adelante, arriesguemos el golpe, y preparemos la embos-